

X

Tiempos Aciagos.

Entre el departamento de las niñas y el de los adolescentes, se interponía un gran patio, el más bello y espacioso del Hospicio, rodeado por corredores de arcos elevados pintados al temple, y de salones destinados á clases y dormitorios. En el área cuadrangular de aquel terreno enorme, se había formado un ameno y bien cuidado jardín, encanto y recreo de toda la casa. Para impedir depredaciones y hurtos de desmandados y chiquillos, se le había puesto en torno una alta verja de madera y alambres, que permitía gozar de su vista, é impedía el paso no sólo de las personas, sino aun de las osadas manos. Por la parte interior, veíanse distribuídos con arte y en posición alternada, árboles frutales y floridas plantas, cuyo conjunto presentaba á la vista un hermoso y risueño espectáculo; y formando circuito á la fuente central, se alzaban altos y sonantes plátanos, cuyas anchas hojas proyectaban en derredor una frescura paradisiaca. Había perales por los ángulos, y hacia los costados, melocotones de florecillas color de rosa, y más al centro verdes y alegres granados, que abrían al sol sus rojas corolas semejantes á corazones inflamados.

Partían de la fuente por agujeros abiertos en la cantera, frescos y alegres chorros de agua cristalina, que, corriendo por caños bien dispuestos, derramaban cambiantes y frescura por la atmósfera, y llevaban la vida á las sedientas raíces de árboles y plantas. En los arriates cubiertos de musgo, pensamientos y violetas en apretadas hileras costeaban las callejas angostas; y, sobre las menudas florecillas, se elevaban ios rosales de profuso follaje, agudas espinas y frescas y perfumadas rosas, destacaban los claveles rojos ó matizados su corona real como remate de sus tallos flexibles, y los nardos de nivea blancura, se erguían y columpiaban en sus altas y grácies varas, como ofreciéndose á los pies de la Virgen Santísima, ó á las manos de las jóvenes puras. Y de toda aquella masa de verdura y colores, se desprendía un ambiente tan grato y cargado de esencias, que ensanchaba á la vez los pulmones, el corazón y el espíritu.

No á todos los asilados ni todos los días, les era permitido pasear por los corredores que contorneaban el jardín; sino sólo en días fijos y determinados, ó como premio especial otorgado al buen comportamiento de los más buenos. Joaquín, desde su departamento, columbraba al través de un pasadizo, aquel pedacito de Edén, con ojos admirados y extáticos. Siempre que podía, se deslizaba

hasta el arco postrero, para echar una ojeada á ese que le parecía un paraíso en miniatura, por lo hermoso, lo lejano y lo prohibido. Una de las cosas que le encantaban más en aquel sitio, era el cuchicheo y el canto de los pajarillos que, tanto al amanecer como al caer la tarde, pían y aleteaban en las frondas; y oyéndolos á la madrugada, cuando no dejaba el lecho todavía, le parecía que le contaban secretos de la tierra y el cielo, descubiertos en su errante vuelo al través del espacio. Acaso le inducía también á ejecutar aquellas escapatorias, el deseo de encontrarse con Berta, ó de alcanzar á ver su graciosa silueta cruzando á lo lejos. Desde muy niño, desde que comenzó á tener conciencia de sí mismo, habíase acostumbrado á la dulce compañía de la huérfana, de quien se sentía hermano y compañero; y cuando llegó el día en que fueron destinados á distintos departamentos, opuso tenaz resistencia á la separación, lloró en altas voces, y al verse conducido lejos de la niña, clamaba con el rostro y los ojos vueltos hacia ella:

—¡ Berta ! ¡ Berta !

Pero nadie se había dolido de su llanto, y allá en la soledad de su nuevo albergue, no había cesado de pensar en ella ni un día, ni un momento. No fué alegre ni brillante su infancia; pasó inadvertida entre la masa común de niños desgraciados que arroja la tempestad de la vida á las pla-

yas de la caridad. No conoció mimos, aparte de los de sor Marcelina, ni tuvo, sino rara vez, juguetes ó dinero, ya por Noche Buena ó Año Nuevo, ó bien el día de su santo. No vaya á creerse, por lo que acabamos de decir, que le hubiese abandonado Matute, pues lejos de eso, cuidó éste de que nada le faltase, y continuó llevando á sor Ignacia para su sostenimiento, buenos contingentes de numerario ó artículos de primera necesidad, según se presentaban los horizontes económicos; pero don Juan José, harto ocupado con los magnos negocios filantrópicos que entre manos traía, no acertaba á dar al parvulillo aquellas menudas satisfacciones que le hubieran proporcionado una madre ó una hermana, si por ventura las hubiese tenido; y juzgaba haber hecho por él cuanto era debido, al informarse de su salud y conducta, y pagar los costos de su manutención. No se hallaba Joaquín, por fortuna, en aptitud de notar las deficiencias de su estado; tanto más cuanto que, viéndose rodeado de otras criaturas más abandonadas que él (por no tener protector especial), ni siquiera habría podido establecer comparaciones penosas con seres más afortunados, á haber podido disponer para ello de más despierto entendimiento. La ignorancia es á las veces venda bienhechora que oculta desdichas y ahorra dolores, pues el que no ve, no

conoce los cielos, pero tampoco los abismos.

Tan pronto como el niño fué entrando en la vida de relación intelectual y afectiva, y comenzó á fijar la atención en cuanto le rodeaba, fué haciéndose objeto de mayor cuidado y solicitud por parte de Matute, quien ya le sacaba á la calle y llevaba consigo para enseñarle á conocer el mundo y la vida. Así le fué asociando á sus ideas y afectos en las constantes y sencillas conversaciones que con él iba teniendo. Las primeras impresiones del niño en el nuevo escenario á donde salía, fueron duras y penosas, pues precisamente cuando comenzó á despertar á la vida, arreciaba el furor revolucionario en la República, y se oía hablar á diario, de pronunciamientos, batallas, cambios de gobierno, levadas, aprehensiones, fusilamientos y préstamos forzosos. Recordaba como en sueños la traición de Landa, y tenía bien presentes dos asedios sufridos por Fópoli, en los cuales había habido estrépito de cañonazos y fusilería, gran pérdida de vidas y gigantesca destrucción de edificios. Hacía memoria también de la época en que la desmoralización revolucionaria había llegado á tal punto, que el bandido Antonio Rojas, elevado al rango de general, asesinaba por mano propia á personas indefensas, y permitía que sus soldados se robasen á las mujeres en las calles céntricas de la ciudad y á la plena luz del sol.

Sor Ignacia, con tal motivo, mandaba cerrar el portón al oscurecer, y no permitía que se abriese sino hasta la mañana siguiente. El inocente rebaño de vírgenes temblaba de susto al solo nombre de aquellos desalmados; pero sólo Dios sabe cuántas de ellas sentirían recóndito y valado deseo de ser víctima de tales ultrajes.

Cierta ocasión, en los días calamitosos de la lucha, recordaba Joaquín haber visto en plaza concurrida, á un energúmeno, echar abajo las campanas de las torres y derribar las imágenes de los altares para prenderles fuego, como lo hubieran hecho los peores iconoclastas: Sanajas, León Isáurico ó Constantino Caprónico. Aunque la inteligencia del niño era harto débil para darse cuenta exacta de lo que iba mirando, experimentaba instintiva repulsión hacia tan bárbaros excesos, y Matute apoyaba su actitud, diciéndole que aquel desorden era triste resultado de la exaltación de los ánimos; pero que tiempo vendría en que renaciesen la paz y la concordia en el país, y nadie pusiese mano á las cosas respetables. Y como si el infante pudiese comprenderle, le decía:

—La religión es cosa separada de la política; mal hacen los que confunden á la una con la otra. Los demagogos se empeñan en ver á un enemigo en cada creyente, y los fanáticos vociferan que no puede haber democracia sin heregía; pero unos

y otros andan igualmente errados, pues, bien miradas las cosas, es el cristianismo la base de la libertad, y cristianos y liberales deben entenderse en el terreno de la fraternidad y del amor.

Un día, oyó hablar Joaquín de la invasión de la República por ejércitos extranjeros, y le impresionó ver la exaltación con que don Juan José recibió la noticia, y como se echó á gritar que, aunque era viejo y servía para poco, estaba dispuesto á dar su sangre por la patria; y no tardó en sentir los primeros arrebatos del entusiasmo, al presenciar la alegría que produjo en Fópoli la victoria alcanzada sobre los soldados de Napoleón III, el 5 de Mayo de 1862. Los repiques á vuelo, el estampido de los cohetes, el alegre resonar de las músicas y el júbilo desbordado de los fopolitanos, quedaron grabados para siempre en su memoria.

Vió también que la juventud masculina se apresuró á tomar las armas, que el pueblo acudió en masa á engrosar las filas de la guardia nacional, que por todas partes se oían cornetas y redobles de marcha, y que los campos vecinos á la ciudad, resonaban con el fragor de los ejercicios militares.

El "alta crema" de los fopolitanos formó un batallón que se acuarteló en el Liceo de Varones. El populacho creyó que aquel despliegue bélico era poco serio y bautizó el cuerpo con el irónico nombre

de "batallón mamá;" pero hechos posteriores demostraron que aquellos muchachos no tomaban á broma el asunto, pues de su cuadro salieron bravos combatientes, que murieron peleando con los invasores ó alcanzaron altos grados en el ejército republicano.

Joaquín, aunque sólo contaba doce años de edad, manifestaba vehementes deseos de sentar plaza de soldado; pero tanto sor Ignacia como Matute se opusieron á su propósito, por parecerles demasiado prematuro su empeño, aunque don Juan José, por su parte, no se abstuvo de sentarla entre los milicianos; así que con curiosidad mezclada de respeto, le veía el vecindario ceñir la espada y el sable á las horas de servicio, y montar con gravedad la guardia del cuartel, siempre que era necesario.

El bello sexo de Fópoli se consagró entretanto, á reunir fondos para los hospitales de sangre, y comisiones de hermosas y activas señoritas recorrían la ciudad, solicitando donativos, en tanto que las más sedentarias, permanecían en los hogares deshilando ó cosiendo géneros. Y no contentas todavía con aquellos medios de hacer el bien y mostrar su patriotismo, imaginaron otros más entretenidos para allegar recursos, tales como dar representaciones públicas, en que figuraban con amigos y parientes, interpretando escogidas piezas teatrales.

Con tal motivo, y para tal propósito, escribió un ilustrado caballero de Fópoli, don Juan José Castaños, una comedia de circunstancias, titulada "La Intervención en México," cuyos personajes principales eran: Lola Rubio, Don Nicolás Molina, el español Don Donaciano León de Castilla, el inglés, Mr. William "Printseller" (vendedor de estampados), el francés M. Napoleón Blaguefort (fuerte fanfarronada) y Pepe Pérez, mexicano. La acción pasaba en Veracruz. Lola (la nación mexicana), buena y generosa, pero manirrota y atolondrada, debía mucho. Su protector, Molina (el Presidente), pasaba grandes trabajos para sostener la situación, pues aunque los bienes de la sobrina excedían con mucho al monto de las deudas, no había numerario en las cajas para cubrir los vencimientos. La crisis, entretanto, se precipita con motivo de que León de Castilla, Printseller y Blaguefort (la intervención tripartita) llegan al puerto en un mismo vapor, y se presentan en grupo á cobrar fuertes créditos vencidos. Pero, si bien todos se muestran altivos al principio, el español y el inglés se dejan ganar pronto por el exquisito trato del tío y la belleza de la sobrina; por lo cual, aunque seducidos por la charla de Blaguefort, le habían nombrado su representante cerca de Lola, al advertir que es un charlatán sin seso y que exajera

sus pretensiones exactoras (pues quería que Lola le entregase en garantía, casas, terrenos y cuanto tenía, sujetándose á su tutela), le retiran su mandato y celebran arreglos directos con Molina.

Entre tanto, la acción principal se había mezclado con otra amorosa, pues los tres acreedores se habían prendado de Lola. Ella amaba á su primo Pepe Pérez (el pueblo mexicano), calavera y mala cabeza, pero noble y leal en el fondo; por consiguiente, rehusa los homenajes de todos, contestando atentamente al inglés y al español, y con desprecio al francés. Blaguefort se había aprovechado cierto día de la "soledad" (1) de la casa, para apoderarse de papeles amorosos de Lola, que juzgaba la comprometían, aunque no era así, con el designio de obligarla á casarse con él; mas sobreviene Pepe Pérez, que había dicho á Blaguefort cuantas eran cinco, le obliga á retirarse de la casa, y Lola cae en sus brazos.

La pieza fué recibida con entusiasmo indescriptible. La bella y espiritual doña Pilar Senosiain hizo el papel de Lola; el famoso abogado y orador don Emeterio Robles Gil, el de Molina; don Joaquín Castaños, hermano del autor y hombre de elevada cultura, el de León de Castilla; don Benito Gómez Farías, hijo de uno de los más sonados Presidentes de

(1) Alusión al Tratado de la Soledad.

México, el de Printseller; don José María Castaños, hermano también del autor, y ex-Ministro de Hacienda de Juárez, el de Blaguefort, don Pedro S. Olasagarre, joven simpático y de la aristocracia, el de Pepe Pérez; y otros caballeros no menos recomendables y notorios, los demás de la comedia.

Matute llevó á Joaquín al teatro con aquella ocasión, y ambos aplaudieron á rabiarse tanto al autor como á los actores. Blaguefort, sobre todo, fué sumamente celebrado. Castaños, que había vivido largos años en Francia y hablaba el francés correctamente, imitó tan á maravilla el acento, la petulancia y la impertinencia de los peluqueros franceses de aquella época, que eran los mayores enemigos de Méjico, que no cesaba de hacer reír al concurso desde que aparecía en escena, hasta que se le perdía de vista. El final del acto tercero, muy especialmente, hizo desternillar de risa á los presentes. Pepe Pérez había retado á Blaguefort; éste no había aceptado el desafío, y León de Castilla y Printseller se habían llevado al joven del sitio donde se había efectuado la reyerta, para poner punto al conflicto. Blaguefort, solo ya en la escena, se había quedado diciendo: "¡Han hecho bien en llevagseló, porque ya mi pacienciá estaba al cabó! ¡Han hecho bien en quitagmeló de delante! ¡Oh! ¡si no estuviegá ligadó de la misión de impogtanciá que me ha

confiadó la casá de Moullins y Cò.!.
¡Qué sacgifició he tenidó que haceg á mis debegués de hombgué de negociós! El honog megcantil ha sofocadó el honog fgancés. Pegó no obstanté, éste también ha quedadó bien puestó, pues, todó bien considegadó, en un país como esté, semi-salvaqué, las leyes del dueló no pueden teneg su aplicaci6n, y yo no estabá obligadó á batigmé con un hombgé que, se-gugamenté, tgaía escondidó algún puñal envenenadó. ¡qué hogog!. Yo le he dadó citá en Paguís, callé de Vienne, númegó 27, en el entgue sueló. Allí le espegó." Al concluir el parlamento, se venía abajo el coliseo á aplausos y carcajadas.

Hubo otra escena muy divertida y fué cuando, al estar Blaguefort hablando pésimamente de Méjico, (llamándole "nación de salvaqués, bandidós y asesinós"), se le despegó la pera engomada que, adherida á la barba, le daba notable parecido con Napoleón III. Castaños, al notar la hilaridad del público, cogió sin inmutarse el apéndice fugitivo, y con oportunidad y chiste propios de un hombre de verdadero "esprit," agregó á lo que iba diciendo estas palabras de su propia inventiva: "¡Ah! en esta tiegá malditá, hasta las "piochás" (1) se caen!" El público al oír la salida, aplaudió con frenesí.

(1) PERROS.

Pero el mayor delirio de la multitud, llegó al final de la comedia, cuando Pilar, avanzando por el proscenio con la bandera tricolor en la mano, la desplegó cuan grande era, y tremolándola enérgicamente, gritó con acento poderoso:

—¡Viva Méjico!

Un coro inmenso contestó á su voz, y otro "¡Viva Méjico!" resonó por el coliseo con el fragor del trueno.

Vinieron después las dianas, y, para concluir, el himno nacional, cantado por todo el concurso, en pie y con la cabeza descubierta, en medio de un entusiasmo indescriptible.

Joaquín arrebatado por tan poderosa ola de entusiasmo, lloró á lágrima viva á influjo de sus emociones, é hizo en la mente extraña mezcla y confusión de patria, guerra, Pilar Senosiain y Berta; pues todo cuanto veía y sentía, lo relacionaba con su dulce amiga, de tal suerte, que aquella bella niña se encontraba al principio y al fin de todos sus pensamientos. Ya se le figuraba hallarse en el campo de batalla matando franceses y que Berta presenciaba sus proezas y quedaba asombrada de su valor; ya se miraba trocado en general invencible y salvador de la patria; y ya, como remate de todo, se veía arrastrado en carro victorioso por las calles de la ciudad, debajo de arcos de triunfo, al lado de la huérfana, sonriente y enamorada....

Días bien tristes, no obstante, sucedieron á aquellos arrebatos generosos, pues los franceses tomaron rápida posesión de una gran parte del país; mas, antes de que llegasen á Fópoli, salió de la ciudad el ejército mejicano para hacerse fuerte en las serranías del Sur. Don Juan José Maturte debió ser de la partida, pues todo lo tenía arreglado para la marcha; pero cayó enfermo de súbito, atacado de ahogüo —consecuencia de la edad y de las emociones,—y hubo de quedarse en su casa. Los franceses entraron en Fópoli antes que terminase su convalecencia, y fué tal la dolorosa impresión del anciano al ver cierto día, al través de los cristales de la ventana, á un zuavo cruzando la calle, que sufrió una recaída mortal; apenas pudo articular palabra en adelante, pero entre congojas y silbidos de la respiración, no cesaba de reptir:

—Yo ví nacer esta nacionalidad, y no quiero verla sucumbir. ¡Estoy dispuesto; ya es hora!

La dolencia fué complaciente con sus votos, pues al cabo de pocos días de dolorosa ansiedad, le cortó el hilo de la vida.

La ciudad lloró amargamente su pérdida; los pobres en masa siguieron sus restos hasta el camposanto; y sobre la sencilla fosa del filántropo, manos piadosas amontonaron flores y guirnaldas.

Las crónicas de la época refirieron,

además, que su labor caritativa de cerca de cinco lustros, había sido singularmente fecunda, y que antes de pasar de éste al otro mundo, había logrado asegurar á favor del Hospicio, un ingreso de más de catorce mil pesos anuales. Súpose también que, de los escasos libros y muebles que dejó á su familia, dispuso que se separase un lote para constituir un legado á favor de su protegido Sandoval, lo que fué hecho al pie de la letra por sus herederos.

Joaquín, que contaba por entonces como trece años de edad, lloró amargamente la muerte de su generoso protector. A su juicio, era Matute cifra y compendio de cuanto de grande y magnánimo había sobre la tierra, y nunca, durante su vida, dejó de pensar en él con cariño, ni de bendecir su memoria, con todo el fuego de su agradecido corazón.

Sor Ignacia recogió el legado de Joaquín, y tomó la costumbre de encomendarse á don Juan José todas las noches, antes de dormirse, como si estuviese canonizado. Además de eso, mandó colocar el retrato de Matute, pintado al óleo, en la Sala de la Cuna, donde todavía se conserva.

XI

Don Teodomiro.

Los maestros de primeras letras de Joaquín, notaron que la inteligencia de éste distaba de lo vulgar; y más tarde, se descubrió que su naturaleza era esencialmente artística. Adoraba la belleza por instinto, y tenía abiertas de par en par todas las puertas del espíritu y del cuerpo, por donde podía verla, aspirarla y gozarla. Desde muy niño manifestó aquellas tendencias, pues apenas balbucía, cuando miraba ya con recogimiento y devoción todo lo que encanta: el cielo, la luz, los árboles, las flores, cuanto por la forma ó el color es capaz de despertar los íntimos aplausos de la mente. En su adolescencia, soñaba con los grandes espectáculos de la naturaleza y de la civilización; y ansiaba con vivo anhelo, conocer el campo extenso, la llanura plácida, la soberbia montaña, el vertiginoso barranco, los rincones idílicos del paisaje, y las soledades temerosas donde las fuerzas plutónicas del planeta han desgajado los montes, resquebrajado el granito y hervido las rocas; y contemplar el inmenso mar de ondas móviles, ya plateadas á la luz de la luna, ya doradas á la del sol.

Joaquín hizo versos sin saber cómo,